


XIII

¿Dará el tránsito de Vénus la paralaje del sol con toda la exactitud que se esperaba? Convites de felicitacion. Desarrollo del espíritu progresista entre los japoneses. Reforma gradual de las antiguas costumbres populares.

ientras no se conozca el resultado definitivo que se obtenga por la combinacion y la discusion de todas las observaciones del tránsito de Vénus, nada podrá fundamentamente anticiparse respecto del grado de exactitud con que hayan suministrado estos trabajos la paralaje del sol; y despues de haber tenido el honor de tomar parte en la gran operacion astronómica, acaso no nos quede que hacer en este particular otra cosa más que presentar al público nuestros datos para que con todos los demas sean sometidos á aquella combinacion por las personas competentes que la tomen á su cargo. A pesar de esto, no creo enteramente fuera de propósito el consignar aquí mis apreciaciones personales acerca del resultado probable de una operacion tan delicada y tan extremadamente difícil, tomando por punto de partida la comparacion de lo que la teoría exige de ella

para poder llegar á determinado grado de precision en la medida de la paralaje solar, y lo que realmente puede dar en la práctica, atendida la impresion que me dejaron sus graves dificultades.

Desde que Halley dió á conocer su ingenioso descubrimiento, indicó tambien su opinion, en la que lo siguieron algunos otros astrónomos, de que los contactos interiores podrian observarse con error de uno á dos segundos de tiempo cuando mas. Semejante apreciacion descansaba, á la verdad, en consideraciones puramente teóricas, pues en aquella época no se habia hecho todavía observacion alguna precisa de los tránsitos de Vénus, con la mira de obtener la paralaje del sol; y así vemos que Lalande, suponiendo que los contactos debian verse con una exactitud enteramente geométrica y libres por tanto de toda causa perturbatriz, creía que serian observables con mucha precision, estimando que esta podria llegar hasta *la quinta parte* de un segundo. Es cierto que para sacar tal consecuencia, parece admitir que el *hilo* luminoso comprendido entre los bordes de Vénus y del sol, tenia que interrumpirse súbitamente en el instante del contacto y que seria perceptible aunque su anchura no fuese mas que de *un décimo de segundo*.

Sin embargo, luego que se verificaron los dos tránsitos del siglo pasado, vieron los astrónomos que los observaron, cuán exageradas habian sido las apreciaciones hechas *á priori* respecto de la posibilidad de estimar los instantes de los verdaderos contactos geométricos, dándose casos de diferir entre sí las horas de dos observadores establecidos en la misma estacion, hasta de 20 á 30 segundos para un mismo contacto. Estos hechos, que son *una prueba patente de la gran diferencia que siempre existe entre «la simple concepcion geométrica de un fenómeno y su realizacion fisica,»* segun ha dicho recientemente Mr. Faye refiriéndose á la incertidumbre real que puede producir el método de Halley, dieron por

resultado divergencias en el valor de la paralaje, que varían desde 8."5 hasta 8."8 combinando los mejores conjuntos de observaciones, pero que tienen límites mucho más amplios todavía cuando se combinan observaciones aisladas.

Muy distantes quedaron, pues, los observadores de 1761 y 1769 de la precisión ideal que se habían imaginado, y según la cual esperaban obtener la paralaje exacta hasta los centésimos de segundos. Sin embargo, la experiencia adquirida en el primero de aquellos tránsitos, y el conocimiento de las principales causas que, como el *ligamento negro*, se oponen á la facilidad y exactitud de las observaciones, produjeron en el de 1769 resultados ménos discordes que en el tránsito anterior, á lo que por otra parte, también contribuyó una elección más acertada de las estaciones.

Las mismas causas generales pueden acaso originar un nuevo progreso en el resultado del tránsito de 1874, pues con mucha anticipación se hizo el estudio de las estaciones más convenientes para la aplicación de los métodos de Halley y De l'Isle, entre las cuales diremos de paso que Yokohama es una de las que son propias para ambos procedimientos, y también se han variado los medios de observación y multiplicádose los observadores. Pero á pesar de todo esto, dudamos mucho que los trabajos de 1874 sean capaces de suministrar correcta la segunda decimal del valor de la paralaje solar. Indiquemos brevemente los fundamentos de nuestra creencia, comparando, como dijimos, lo que para eso pide la teoría y lo que en nuestra opinión puede dar la práctica.

Si se examina la expresión que sirve para calcular la paralaje, según el método de Halley, y que tiene por principal dato la diferencia de duraciones del tránsito, observadas en dos lugares distantes, se halla fácilmente que la relación existente entre el error de aquel dato y el producido por él en la paralaje, es igual á la relación que

existe entre la diferencia de duracion y la paralaje misma.

Conforme á este principio, que sirve de base para la mejor eleccion de las estaciones, el tránsito de 1874 es favorable como capaz de elevar la diferencia de duracion hasta de 20 á 30 minutos.

Adoptemos, pues, 25 minutos ó sea 1500 segundos como representante, en término medio, de la diferencia observada en dos estaciones entre sus respectivas horas del principio y del fin del tránsito, y para mayor sencillez supongamos de 9" la paralaje solar. De estos elementos se deduce que aquella relacion de errores quedará representada por el número 167, y que en consecuencia para que el error de la paralaje no exceda de 0."01, es preciso que no llegue á 1.^o67 el de la diferencia de duraciones.

Veamos ahora si tal grado de precision es fácilmente realizable en la práctica de las observaciones. Las del Sr. Jimenez y las mias manifiestan, por la comparacion de los contactos exteriores con los interiores, tanto al principio como al fin del fenómeno, que el planeta Vénus cuyo diámetro aparente era próximamente de 60," empleó por lo menos 26 minutos de tiempo en pasar por cada borde del sol. Este movimiento, apenas sensible, corresponde á una velocidad inferior á cuatro centésimos de segundo de arco en cada segundo de tiempo; de manera que aun suponiendo posible con Lalande la percepcion de *un décimo de segundo* en la anchura del hilo luminoso producido por la distancia del planeta al borde del sol, siempre resultaria que el tiempo invertido por él en recorrer este *pequeñísimo espacio seria de más de dos segundos* y medio, cantidad que mediria en tal caso el error posible de la observacion de cada contacto, y muy superior por lo mismo á la que seria necesaria para obtener el error de solo 1.^o67 en la diferencia de duraciones, á menos de una compensacion enteramente fortuita de los errores reales de observacion.

Pero, además, el límite de percepción admitido por Lalande está, en mi opinión, muy lejos de la realidad en las observaciones solares, y especialmente en las que se refieren á los tránsitos de Vénus, practicadas por lo general con telescopios portátiles y que por tanto no pueden llamarse de grandes dimensiones. (*) Con ellos es, sin duda, posible la apreciación segura de un segundo de arco ó espacio; pero tal vez no siempre en el caso de observaciones del sol cuyos bordes presentan por lo comun una ondulación más ó menos marcada que dificulta mucho la clara percepción de espacios muy pequeños. Si á esto se agrega el efecto que producen en la vista la intensidad de la luz, la elevación de la temperatura, y en la exacta estimación de los contactos geométricos la presencia del ligamento, creo indudable la imposibilidad de discernir con certeza la tangencia del disco de Vénus con el solar, cuando la distancia de ambos sea inferior á un segundo de arco.

Admitiendo, sin embargo, que la verdadera incertidumbre se redujese únicamente al espacio de medio segundo, todavía hallaríamos que la correspondiente en la apreciación de la hora de un contacto, sería de unos trece segundos de tiempo, dada la pequeñísima velocidad angular del planeta sobre el limbo solar, y este número de segundos representaría entónces el error de observación en cada contacto.

La comparación de mis observaciones con las del Sr. Jimenez no discrepa mucho de las consecuencias á que me han conducido las consideraciones precedentes, y nuestras discordancias, á pesar de la dilatada práctica que ambos tenemos en las operaciones astronómicas, po-

(*) Según las experiencias del capitán Smyth, citadas por el profesor Loomis en su *Practical Astronomy*, y ejecutadas con un telescopio de 2^m.59 de distancia focal y 0^m.15 de diámetro en el objetivo, necesitaba aquel observador dejar libre toda la abertura del instrumento y emplear aumentos de 240 á 300 para poder examinar satisfactoriamente, en circunstancias favorables, algunas estrellas dobles, cuyas componentes distaban entre sí desde 0." 7 hasta 1." 4 y en término medio cosa de 1".

drian acaso servir de norma para prever las discordancias semejantes que acaso se hallen entre las observaciones de otros astrónomos igualmente experimentados, ó al ménos darán una idea de la incertidumbre que puede existir en sus apreciaciones de cada faz del fenómeno. Nuestros respectivos campos distaban entre sí unos 5^s en longitud, y como la percepción de cada contacto debió verificarse sensiblemente en el mismo instante físico para el Sr. Jimenez y para mí, resulta que si ambas observaciones estuvieran completamente exentas de error, todas las horas del Sr. Jimenez deberian diferir 5^s exactamente de las mias. Pero á causa de la existencia inevitable del error, si tomando en cuenta aquella pequeña diferencia de longitud se reducen á la estacion de Nogue-no-yama las horas observadas en el Bluff ó viceversa, se halla una série de diferencias cuyos valores varian desde 13^s por exceso hasta 20^s por defecto, y cuyo término medio es de 6^s.5 atendiendo a sus diferentes signos, ó bien de unos 11^s si se prescindie de los signos para atender solamente á los valores numéricos. Esta última cantidad podria adoptarse como medida del valor numérico de nuestra incertidumbre media al observar las diversas faces del fenómeno, y se ve que no dista mucho de los 13^s en que ántes la habia estimado en general.

Podria creerse que los errores de esta clase deberian compensarse en todo ó en parte, por el hecho de que tanto en el método de De l'Isle como en el de Halley, entran como elementos del cálculo las *diferencias* de las horas observadas; pero tal compensacion no puede admitirse como regla general, en atencion á que aquellos errores ó incertidumbres dependen, no solamente de las dificultades generales de que hemos hablado, sino tambien del modo especial que tiene cada observador para apreciar un mismo fenómeno, y que es el que da lugar al error que en la astronomía se designa con el nombre de error ó ecuacion *personal*. Segun esto, en el método

de De l'Isle, que tiene por base la diferencia de las horas obtenidas por dos observadores que han visto el mismo contacto, el error que puede temerse por lo que respecta á las observaciones, es evidentemente el que proviene de incertidumbres semejantes á las que mencionamos en el párrafo anterior. En cuanto al procedimiento de Halley, aunque apoyado en la diferencia de duraciones, quiere decir, en una *diferencia de diferencias* de horas, creo tambien que si es mas fácil la compensacion de las incertidumbres originadas por las dificultades generales de la observacion, no lo es la parte de ellas que proviene de los errores personales; porque éstos deben producir, para cada observador, efectos contrarios en las dos horas que le sirven para hallar la duracion del tránsito, ya sea que compare sus dos observaciones de los contactos exteriores ó las de los interiores. Así, por ejemplo, comparando con las mias las duraciones halladas por el Sr. Jimenez entre los dos contactos externos, los dos internos y las dos faces del ligamento, se hallan respectivamente las diferencias de 16^s.5, 19^s.9 y 1^s.6, siendo la primera y la última del mismo signo y la segunda de signo contrario.

Se ve, pues, que en virtud de la combinacion de las causas de incertidumbre á que nos hemos referido, es posible que los errores efectivos de los resultados obtenidos por dos observadores, cuyos trabajos se comparen, produzcan en la expresion de la paralaje otro error cuya magnitud sea mas considerable que el indicado por la teoría como indispensable para suministrar el valor de aquel elemento correcto hasta la segunda decimal. Para llegar á esta conclusion nos hemos apoyado únicamente, es cierto, en los datos de solo dos observadores, suponiendo tambien que la paralaje se obtenga por medio de la simple comparacion de los resultados hallados en dos estaciones solamente; mientras que en realidad se calculará combinando todos los datos que multitud de astrónomos han recogido en esta memorable expedicion y

en los que debe esperarse una compensacion de errores mas ó menos perfecta. Pero si su conjunto es posible que dé á conocer la paralaje solar con mucha mayor precision que por medio de dos observaciones únicas, quiere decir, si suministrará su valor más plausible ó el que mejor se avenga con el conjunto de todas las observaciones, siempre creo que en las comparaciones parciales que se hagan de ellas resultarán discordancias, acaso menores, pero en todos casos comparables con las que se hallaron por los tránsitos del siglo pasado.

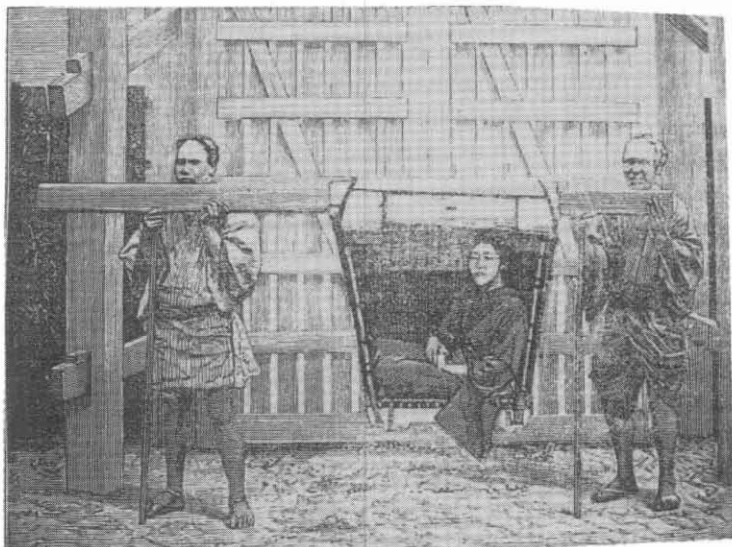
Esta opinion no es solamente mia. Acaso participen de ella todos cuantos astrónomos han ejecutado la dificultosísima observacion del tránsito de 1874. Por lo ménos se la he oido expresar tambien al profersor James C. Watson, Director del Observatorio de Ann Arbor, que hizo la observacion en Pekin, y á quien tuve el gusto de contar entre mis compañeros de viaje desde Hong-Kong hasta la Isla de Ceilan. Este distinguido astrónomo, tan conocido por sus excelentes trabajos, fundándose en las grandes dificultades de la observacion y en las discordancias halladas por los otros astrónomos de su Comision, creía que los resultados parciales en el valor de la paralaje presentarian en el último tránsito casi los mismos límites de incertidumbre que en el de 1769, y que, para reducirlos en lo posible, seria conveniente que los mismos astrónomos que han observado en 1874 observasen tambien el próximo tránsito de 1882, pues la experiencia personal adquirida por ellos era, en su opinion, una enseñanza más eficaz que cualquiera otra teoría ó práctica conducente á la mejor observacion de este fenómeno.

Sea, sin embargo, cual fuere el grado de precision que se haya logrado alcanzar en los trabajos de 1874, una cosa sí me parece fuera de duda, y es, que los astrónomos, seducidos por la ingeniosa sencillez del procedi-

miento de Halley y considerándolo bajo un punto de vista exclusivamente teórico, le atribuyeron una utilidad práctica mucho mayor de la que realmente tiene á causa de las grandísimas dificultades que ofrece su exacta aplicación. Hablando de las divergencias obtenidas por los astrónomos que han calculado las observaciones del siglo pasado, dice así Mr. Faye: «No nos sorprendamos de ellas, pues la incertidumbre proviene del método mismo de Halley, cuya importancia real se ha exagerado un poco.»

A pesar de esta creencia, apoyada, por otra parte, en opiniones de personas tan competentes, repito que nada definitivo puede asegurarse mientras no sea conocido del mundo científico el resultado de la combinación de todas las observaciones. Entre tanto, séanos lícito esperar que, como casi siempre sucede, el conjunto del gran número de datos recogidos suministre un resultado sensiblemente exacto, en virtud de la mútua destrucción de los errores accidentales ó fortuitos que indudablemente afectan á cada una de las observaciones individuales.

Prosiguiendo por ahora mi narración, me complazco en hacer constar que desde algunos días ántes del tránsito, S. E. el Ministro residente de España, Sr. D. Emilio Ojeda, me dirigió una atenta carta disculpándose de no poder visitarme personalmente á causa de su enfermedad. "Sin embargo," añadía, "en vista de la proximidad del grande acontecimiento que ha traído á vd. tan léjos, y de la no menos feliz proximidad de su observatorio á mi casa, ruego a vd. considere ésta como suya, y tomandola como punto de partida durante las observaciones y tareas de aquel día célebre, venga con los caballeros que forman parte de la Comision á almorzar ántes, mientras ó despues del acontecimiento."



«Kago» ó Litera Japonesa

“Si se diera el caso,” agregaba mas adelante, “de no poder vd. separarse del teatro de las operaciones, me agraviaria vd. si no acepta el envió desde mi casa de una ligera colacion que mi vecindad facilita, ahorrando á vd. la preocupacion y tiempo siempre enojosos, pero particularmente en tan fausto dia, que entrañan los cuidados anti-científicos del instinto de conservacion.”

Aunque con profunda pena, tuve el sentimiento de no poder aceptar tan benévolas atenciones dirigidas á “sus hermanos de ultramar,” como afectuosamente decia el Sr. de Ojeda; pero á la verdad, el dia del tránsito no solo ignoraba yo las horas á que podia tomar algun alimento, sino que tampoco estaba seguro de tomar antes de la noche, como sucedió realmente. Lo manifieste así al Sr. Ministro de España al contestar su carta, rogándole que me perdonase un rehusamiento, hijo solo de la

imposibilidad en que me hallaria de separarme del observatorio en el día de tránsito, tanto á causa de la continuidad de los trabajos, como de las numerosas visitas que tendria que recibir en él, sin duda alguna. Pocos días mas tarde tuve el mayor agrado en concurrir, por invitacion del estimable diplomático, á una elegante *soriée* que dió a sus amigos en la legacion española.

Tambien S. E. Nakáshima Nobuyuki, que varias veces me habia hecho el honor de visitarme en mi campo, acompañado por el señor vice-gobernador, me dirigió inmediatamente despues del tránsito la siguiente invitacion: "The Governor of Kanagawa presents his compliments to D. Francisco Diaz Covarrubias, President of the American Scientific Mision, etc., etc., etc., and requests the pleasure of his and his associates company to dinner on friday next (Dec 11th) at the United Club at 7 o' clock.—R. S. V. P."

Acepté este convite, al que asistí con todo el personal de la Comision. Por parte de los japoneses, concurren S. E. el Gobernador Nakáshima, el Sr. Santo Naoto, vice-gobernador los Secretarios, Señores Kóyima Nobutami, Gah Kogo y Mr. Percival Osborn, secretario tambien é intérprete. Los señores Gobernador y vice-gobernador presidieron la mesa, dándome el primero su derecha y el segundo al Sr. Jimenez. Los demas concurrentes, alternados japoneses y mexicanos, ocuparon sus costados.

Pocas cosas hay para mí tan fantidiosas como esos banquetes de ceremonia en los que por ningun instante se abandonan las fórmulas rigurosas y frias de la etiqueta, en los que cada convidado parece gustar de los manjares de una manera solapada, ó vergonzante y en los que ninguna conversacion se generaliza; pero por fortuna, ni en éste ni en los demas convites que recibí de los funcionarios públicos del Japon, ó que tuve el gusto de ofrecerles, reinó aquella helada circunspeccion, sino que por el

contrario, y aunque siempre dentro de los límites de la mas cumplida cortesía, disfrutamos de todos de ellos en algunas horas verdaderamente agradables, presidiendo á nuestras reuniones la afabilidad, la franqueza y la cordialidad mas perfectas.

Los japoneses, si bien naturalmente son ceremoniosos, ó por lo ménos excesivamente corteses, tienen sin embargo, muy agradable trato social, y los que, como el Sr. Nakáshima, han viajado bastante, conociendo en consecuencia las costumbres de otros pueblos, poseen en alto grado ese tacto exquisito que sabe combinar la finura con la franqueza, y si se quiere, hasta la circunspeccion con la afabilidad. Además de esto, nosotros ya éramos enteramente extraños para la mayor parte de ellos, pues con frecuencia nos habíamos visitado; y así fué que, á pesar del frac del rigor, y de las corbatas y los guantes blancos, aquellos convites, mas bien que presentar el aspecto de banquetes de pura etiqueta, tenían el de reuniones de antiguos amigos que se aman tanto como se respetan.

Algunos dias mas tarde correpondimos al convite del Sr. Nakáshima y de los demás dignos funcionarios del gobierno de Kanagawa, con otro que les ofrecimos en el Hotel Oriental. En éste presidimos la mesa el Sr. Jimenez y yo, dando por mi parte la derecha á S. E. el Sr. Nakáshima, y el Sr. Jimenez al lugar que se reservó al Sr. vice-gobernador, pues éste no pudo concurrir á consecuencia de un golpe bastante rudo que habia recibido la víspera, arrojado violentamente por su caballo.

En todas estas ocasiones, hablando familiar y largamente con el Sr. Nakáshima acerca de los últimos sucesos políticos de su país, así como respecto de la marcha actual de los asuntos públicos y de su porvenir probable, tuve oportunidad de imponerme de muchos de los hechos mas prominentes de la revolucion que allí se ha operado, y bajo distintos aspectos, puede calificarse casi

de extraordinaria y única en la historia del mundo. Efectivamente, en aquel pueblo no solo se ha cambiado de una manera radical la forma de gobierno, pasando casi sin transición del pleno feudalismo á un régimen basado hoy sobre la mayor parte de las prácticas constitucionales, sino que además, esta gran reforma no puede decirse que haya sido arrancada de la autoridad por medio de la fuerza, sino mas bien concedida espontáneamente al pueblo por el Gefe del Estado. Sin precedente en la historia, el hecho de despojarse voluntariamente un monarca despótico de una parte del inmenso poder que por mas de veinticinco siglos ha ejercido su familia, para compartirlo con su pueblo, es sin duda, el suceso mas extraordinario que pueden presentar los anales del mundo, y el que por mil títulos mas puede enaltecer al joven Mikado reinante, que acaba de llevarlo á efecto. Pero no es á la verdad, menos digno de admiración el pueblo que acoge una reforma semejante, y contribuye á plantearla y á desarrollarla, casi sin conmoción alguna hasta hoy, no obstante el choque formidable que el nuevo orden de cosas debe haber producido en sus arraigadas y añejas tradiciones y en los intereses de las antiguas clases privilegiadas, que no son ciertamente las que han hecho menores sacrificios en aras de su patria.

Es verdad que la acción moral y aún material de los extranjeros, ha contribuido no poco en estos últimos años para iniciar é impulsar la nueva era de progreso que comienza á desarrollarse en el Japon; pero precisamente esos hechos hacen mas raro el de que la reforma haya sido aceptada con tanta decisión por el pueblo, pues es bien conocido el espíritu de oposición que allí reinaba contra todo lo que viniera del exterior; y el numeroso y compacto partido anti-extranjero que, apoyando los derechos divinos del Mikado, luchó contra las usurpaciones del Shogun hasta vencerlo, y hasta restablecer el principio en el ejercicio de toda su autoridad. Y cuando comenzaba

apenas el soberano á ejercer de una manera absoluta el doble poder temporal y espiritual, fué cuando hizo uso de su señorío sobre vidas, conciencias y haciendas para abrir francamente á los extranjeros las puertas de su Imperio, para asimilarle la civilizacion de aquellos, para adoptar sus usos, sus costumbres y hasta sus trajes, y por último para prescindir de ese poder inmenso, permitiendo la práctica de los cultos extraños, creando por decreto de 14 de Abril de 1875 la *Dai-shin-in* ó Corte de Justicia, y el *Gen-ro-in* ó Senado, y ¡hasta prometiendo al pueblo el derecho de reunion y de discusion para elegir la mejor forma de gobierno!

Cuando se reflexiona que en el Japon ha planteado en ocho o diez años solamente la mismas reformas que han costado cuatro siglos de luchas incesantes al mundo occidental, no podrá negarse el fundamento de los temores que muchos abrigan acerca del porvenir de ese Imperio, el cual ven en el mayor peligro de ser detrozado por contiúuas y terribles convulsiones. Cierto es que va muy de prisa en la senda del progreso, y esto es peligroso en cualquiera pueblo; pero el japonés tiene á su favor dos cualidades de la mayor importancia para disminuir el peligro, y son, un profundo espíritu de órden, de sumision y de respeto á la autoridad y á las leyes, y una gran costumbre de trabajar y de amar el trabajo. Por otra parte, el goce de libertades que no se han conquistado por las fuerzas de las armas, sino que se miran como concesiones espontáneas hechas por un poder omnipotente y no disputado, no puede menos de alejar las aspiraciones, que casi siempre solo crecen á la sombra de la victoria, y de despertar, por el contrario, un sentimiento de gratitud entre el pueblo que se considera objeto de solícito interés, por parte de una autoridad á quien está habituado á tributar un respeto que toca en los límites de la adoracion, pues es bien sabido que las tradiciones populares atribuyen un origen divino á la distancia reinante.

Ningun japonés ilustrado cree hoy, por supuesto, en la procedencia celeste del Mikado; pero no por eso dejan de estar profundamente arrigados en todas las clases sociales, el sentimiento y el hábito del más completo acatamiento á su autoridad. Por consiguiente, si está sabe conservar su prestigio mediante la aplicación equitativa y rigurosa de las nuevas leyes que se promulguen; si continúa mejorando las condiciones y el bienestar del pueblo; y si logra preservarlo del contagio de una polícomania, como la que tanto ha perjudicado á las Américas, la cual, por otra parte, encuentra poca acogida y causa menores males en un pueblo esencialmente práctico, ordenado y laborioso, creo que el Imperio japonés puede seguir prosperando realmente á la sombra de sus recientes instituciones, al menos si nos lleva hasta un grado incompatible con su estado de educación y de cultura, que son ya bastante avanzadas.

Posible es que las opiniones liberales que por educación y por convencimiento profeso, me inclinen á simpatizar con el nuevo impulso que el ilustrado emperador del Japon está comunicando á su pueblo; y puede suceder también que esa misma simpatía y la que me inspiran las costumbres de los japoneses, siempre morigeradas y llenas de respeto á las leyes, me hagan ver el peligro de aquellas innovaciones menor de lo que realmente sea; pero si hablando de la América española he expuesto con ingenuidad mi creencia de que fué imprudente al dar un paso brusco desde un régimen casi feudal hasta la República, creo al mismo tiempo que el Japon se encuentra hoy en mejores condiciones que las que rodeaban á aquella, y que el paso que dá es también más corto, pues solo se extiende al espacio comprendido entre el feudalismo y la monarquía moderada. Además, es un pueblo tan antiguo, tan homogéneo, tan civilizado y en cuya masa se halla tan generalizada, si no la instrucción, al menos de la educación, no es probable que

se entronice facilmente la anarquía, sobre todo, cuando las reformas tienden á hacer al mismo pueblo mas dueño de su trabajo que ama tanto, y cuando ese progreso no se ha alcanzado por medio de pronunciamientos, ni de motines, ni del concurso de héroes de revolucion, sino que es un movimiento á cuya cabeza se ha colocado la autoridad suprema.

Todas estas consideraciones, me hacen esperar, no precisamente que el Imperio japonés esté completamente libre de temores en el porvenir, pues toda reforma tiene que traer consigo la necesaria reaccion; sino que las convulsiones reaccionarias que sin duda han de conmovirlo, solo alterarán transitoriamente la paz pública, y que serán pronto reprimidas por la accion de un Gobierno fuerte, secundado eficazmente por la gran mayoría del país.

En cuanto el pueblo japonés, se manifiesta ávido de instruccion y empeñoso en extremo por introducir á su patria todas las mejoras materiales procedentes de la civilizacion de Occidente, lo cual es en verdad, un buen síntoma y consecuencia precisa de su buen sentido práctico. En medio de la impaciencia que le produce su verdadera fiebre de progreso, llega á veces hasta á olvidar que aun las mejoras en apariencia mas sencillas, exigen siempre cierto grado de preparacion para que puedan dar su resultado; y por rasgos de esa especie de ansiedad comparable á la que experimentan los niños por poseer un hermoso juguete, es por lo que los extranjeros suelen apellidar á los japoneses *grandes niños* (*grands enfants*.)

Cuentan entre otros casos, que cuando el Gobierno compró sus primeros buques de vapor, envió algunos oficiales á Yokohama para que los recibiesen de manos de los marinos extranjeros que los habian conducido hasta allí. (*) Tan pronto como tomaron posesion de

(*) En 1874 tenia el Gobierno, segun me informaron, 14 vapores de guerra con sus competentes dotaciones de marinos y artilleros. En cuanto al ejército de tierra, consta

ellos, despidieron á todos los empleados extranjeros, incluso los maquinistas, y comenzaron á maniobrar por sí solos; pero poco prácticos sin duda en el manejo del mecanismo, les fué imposible detener el buque cuando quisieron hacerlo para no estrellarse contra la costa, y lo único que pudieron conseguir por medio del uso del timon, fué permanecer describiendo grandes círculos en la rada, al mismo tiempo que pedían auxilio á los barcos anclados en las inmediaciones, hasta que por fin algunos mecánicos de estos lograron abordar al vapor y detener la máquina.

Hallándome todavía en Yokohama, uno de los órganos de la prensa extranjera refirió el siguiente caso muy parecido al anterior. Parece que un jóven japonés hacia su práctica de ingeniero al lado de un profesor europeo, y poco tiempo despues, creyéndose ya bastante instruido en la construccion de canales, emprendió uno que tenia por objeto conducir agua para riego á determinado punto. Lleno de entusiasmo por la obra, ejecutó sus escavaciones con todas las reglas del arte y tal como lo habia visto hacer á su maestro; pero al terminarla halló que el agua no corria, á causa de que habia tenido en cuenta todos los elementos que necesita... menos la nivelacion del terreno.

Pero probablemente hechos de esta naturaleza, aún suponiéndolos ciertos, serán cada día mas raros; porque el Gobierno atiende con esmero las instruccion pública, y paga el efecto de un gran número de profesores extranjeros para que dirijan los estudios superiores. Toda la enseñanza está sujeta á las leyes expedidas por el Mombu-shó (Ministro de la Educacion), y se halla

de 40,000 hombres de las tres armas en las circunstancias normales; pero en caso de guerra, todos los varones útiles están obligados al servicio militar tan pronto como son llamados por el Gobierno. Como la poblacion total del Japon se estima en unos 36 millones de habitantes, se ve que el ejército permanente guarda en ese país una proporcion menor que en los Estados Europeos, respecto de la poblacion; pues solo corresponde á uno por millar próximamente. Aun en nuestra República, esa proporcion es casi doble que en el Imperio del Japon.

bajo su inspeccion. Al efecto, se ha dividido el país en siete grandes circunscripciones, cada una de las cuales depende de una Dai-gakó (Academia ó Universidad.) Los centros de éstas, están establecidos en Tókió, Aichi, Osaka, Hiróshima, Nagasaki, Niigata y Avomori. La isla de Hokaido, llamada antiguamente Yezo, se halla hoy regida por la sétima academia, pero se piensa establecer allí la octava.

Cada una de estas grandes circunscripciones está subdividida en 32 circunscripciones médias, y en cada una de ellas hay una escuela de instruccion secundaria, llamada Chie-gakó. En consecuencia, se cuentan actualmente 224 Chie-gakó, y se admite que hay una por cada 130,000 habitantes.

Cada circunscripcion média se subdivide todavía en 210 circunscripciones pequeñas, y en cada una de éstas hay una escuela de instruccion primaria llamada Shio-gakó, y por tanto existen 47,040 en todo el país, con excepcion de la isla de Hokaido. (*)

Cada fraccion de 600 habitantes debe tener una de estas escuelas primarias, que á su vez se subdividen en varias otras, y son la escuela primaria comun, la de niñas, la de los niños pobres de ambos sexos, la de la caridad, las particulares, la sala de enseñanza rudimentaria, á la que concurren los niños de muy corta edad, la de ciegos y de sordo mudos y finalmente, la normal primaria.

Los alumnos concurrentes á estas escuelas se clasifican en dos grupos, segun su edad é inscripcion. La de la clase inferior aprenden lectura, escritura, conversacion, gramática, principios de aritmética, geografía, música, gimnástica, nociones de higiene y de física. Los de la clase superior, perfeccionan los estudios preferentes, y

(*) La isla de Hokaido ó de Yezo está poblada por una raza blanca, barbada y medio salvaje, que vive exclusivamente de la pesca y que tiene la costumbre de pintarse el cuerpo por medio de picaduras (tatouage) de diversos colores. El gobierno ha enviado allí numerosas colonias que están propagando en la isla la civilizacion del resto del Imperio.

se instruyen además en el dibujo, en nociones de química, de historia natural, de historia y política, añadiendo á veces alguna lengua extranjera. Segun la ley, los alumnos de la clase inferior deben terminar sus estudios de los cinco á los nueve años, y los de la superior, entre los diez y los trece.

Las escuelas secundarias, están divididas en varios ramos, á saber: la escuela de instruccion secundaria comun, la de la industria, la de comercio, la de idiomas extranjeros, la de agricultura y la de adultos. En la primaria comun se enseña á los alumnos de la clase inferior, la lengua japonesa y las extranjeras, aritmética, álgebra, geografía, física, química, historia natural, dibujo, música, historia y política. Los de la clase superior ensanchaban estos estudios y reciben instruccion en geometría, astronomía, botánica, zoología, minerología, y economía política. Los alumnos de estas clases deben terminar sus cursos entre los catorce y los diez y nueve años, segun la ley, y ningun niño puede ser admitido á las escuelas primarias sin comprobar que ha sido vacunado.

Las Dai-gakó ó universidades, están destinadas á la *instruccion superior ó profesional*, y se cultivan en ellas las ciencias naturales, la lógica, la literatura, las leyes, la medicina, etc.

En cuanto á las pensiones que paga cada alumno por mes en las escuelas primarias, varían desde 25 hasta 50 centavos. En las secundarias, desde \$2 hasta \$2.50, y en las universidades desde \$4 hasta \$7.50; pero á la familia que envía dos niños á la escuela, le es permitido pagar la pension mínima, y si envía tres ó á mas, solo paga por dos.



El «Dai-Buds» ó gran Budha de Kamakura,
Estatua de bronce, cuya altura es de 16 metros.

Sostiene, además, el Gobierno 1500 lugares ó plazas de gracia en sus escuelas, las que se conceden á los niños que comprueben su pobreza para alimentarse, vestirse é instruirse, y que tambien manifiestan la necesaria aplicacion. El Estado les *presta* la pension y el importe de sus gastos, estimándose este último en cosa de \$120 anuales; pero exige de los agraciados una fianza en

la cual se obligan á cubrir la suma que se les ha dado, comenzando á hacerlo cinco años despues de terminada su carrera, ó bien á servir al Gobierno mediante un sueldo convencional de la cual se descuenta aquella suma. En caso de muerte del agraciado, cesa esta responsabilidad, pues no se hace extensiva á sus deudos.

Los que hayan recibido del Estado instruccion y gastos durante dos años, deben servir cuatro ó pagar en seis. Los que hayan disfrutado la misma gracia por tres años, tienen que servir siete ó pagar en nueve. Por último, los agraciados durante cinco años, quedan obligados á servir once ó á pagar en quince.

Tambien premia el Gobierno á lo alumnos que se distinguen en las escuelas, enviándolos al extranjero á expensas del estado para que perfeccionen sus conocimientos. Sostiene así en el exterior á treinta alumnos de primera clase y ciento cincuenta de segunda, durante un número de años que varía de tres á cinco, y la pension anual que les asigna es \$1500 á \$1800 á los primeros, y de \$900 á \$1000 á los segundos, además de sus gastos de viaje y la suma correspondiente á la pension de un mes para que hagan sus preparativos antes de partir.

Tal es, en resúmen, la organizacion que tiene hoy la instruccion pública en el Imperio Japonés, y que ha sustituido al antiguo sistema casi únicamente reducido al complicado estudio de los caracteres chinos, al de los clásicos de la misma nacionalidad y á formar una juventud diestra en toda clase de ejercicios corporales, pero de una inteligencia poco cultivada. El antiguo plan de enseñanza, á pesar de todos los defectos, de haber estado, sin embargo, muy extendido, á juzgar por el número tan pequeño de japoneses de uno y otro sexo que dejan de poseer los conocimientos mas elementales, como son la lectura y la escritura; y dado este precedente, así como la extraordinaria dedicacion que en general se advierte en el pueblo para instruirse, creo que es fácil augurarle

un rápido progreso con el nuevo sistema de instrucción pública. Este me fué dado á conocer por el Ministro del ramo, S. E. Fuyimaro Tanaka, quien con una atenta nota (Apéndice XIII), me envió una colección de las leyes relativas, de las cuales he hecho traducir el extracto que me precede; pues juzgo que la organización de la enseñanza y la difusión de ésta, son datos valiosos, acaso los mejores, para dar una idea del grado de civilización de un país. (*)

Antes de dar punto á estas noticias relativas á la instrucción pública, me parece útil exponer brevemente el sistema de medidas del Japon. En ese país está en uso de hace mucho tiempo un sistema decimal, al menos en las medidas de longitud y de capacidad. En las itinerarias subsiste mas bien el duodecimal, y en cuanto á las de peso, parecen bastante generalizadas las antiguas medidas europeas, que probablemente introdujeron al Japon los holandeses.

Para los usos comunes del comercio, la mayor medida de longitud es el *dogi*, que contiene 10 *shiaku*. Cada *shiaku* tiene 10 *sun*; y cada *sun* 10 *fun*; y cada *fun* 10 *rin*. Para obtener la equivalencia de cada una de estas unidades con el metro, debe tenerse presente que el valor legal del *sun* ó pulgada japonesa, ha sido fijado por el Gobierno de modo que 33 *sun* equivalen á un metro. De esta relación resulta:

(*) Es tanto mas admirable que la gran mayoría del pueblo japonés sepa leer y escribir, cuanto ha sido sumamente difícil allí la adquisición de esa instrucción elemental, á consecuencia del gran número de caracteres chinos que se usan en combinación con los japoneses. Es bien sabido que la cantidad de los primeros es inmensa, pues casi cada palabra se representa por un signo particular. En cuanto al alfabeto japonés propiamente dicho, consta hoy de 48 letras, y en consecuencia, la escritura japonesa es mucho mas sencilla que la china, la cual parece que á comenzado á abolirse. También el japonés se escribe en renglones verticales, cuyo orden va de derecha á izquierda; y por consiguiente, los libros japoneses comienzan por donde acaban los nuestros. Hoy ya se enseñan en las escuelas la lectura y la escritura con letras latinas, lo cual facilitará muchísimo el aprendizaje y acelerará la instrucción superior.

1 Dgió es igual á 3.m 03030.....	1 Fun es igual á 0.m 00303.....
1 Shiaku " " " 0. 30303.....	1 Rin " " " 0. 00030.....
1 Sun " " " 0. 03030.....	

Para las medidas itinerarias, se usan el *ken* que tiene 6 *shiaku*; el *chió* que tiene 60 *ken* ó 360 *shiaku*; y el *ri* ó legua japonesa, que tiene 36 *chió* ó 12960 *shiaku*. En la marina se usa la milla de 60 al grado ecuatorial, que llaman *ri* marina. Segun esto, los valores métricos de esta unidades son:

1 Ri es igual á 3927. ^m 27.....	1 Chió es igual á 109 ^m 09090.....
1 " marino " 1855. 11.....	1 Ken " " " 1.81818.....

Las unidades de superficie son: el *tsubo* ó *po*, que equivalen á un *ken* cuadrado; el *sé*, que tiene 30 *po*; el *tan*, equivale á 10 *sé*; y el *chó*, que vale 10 *tan*. La menor de estas medidas, el *po*, tiene, pues, 3.3058 metros cuadrados; y la mayor, el *chó*, 9917.3564 metros cuadrados.

En las medidas de capacidad se toma por unidad el *shió*, que es la mitad de un cubo cuyo lado es de 5 *sun*, y en consecuencia equivale á 1739.147 centímetros cúbicos. Partiendo de esta, las unidades descendentes son el *go*, el *shac* y el *sai*, la primera de las cuales es un décimo, la segunda un centésimo y la tercera un milésimo del *shió*. Las ascendentes son el *to* y el *koku*, que valen la primera 10 y la segunda 100 *shió*. (*)

Para las medidas del peso tienen los japoneses el *kuanmé*, que vale 1000 *monmé*; en seguida, el *pun* ó

(*) El *koku* hace un gran papel, porque se usa para estimar la riqueza de la propiedad territorial, segun la extension de la tierra que se calcula necesaria para sembrar determinado número de *koku* de arroz. Así, por ejemplo, antes de la revolucion se atribuía al príncipe de Sendai una riqueza de 620000 *koku*, y al de Satsuma 720000; pero unas medidas que tanto dependen de la mayor ó menor perfeccion del cultivo, son muy inciertas, y cuando se han rectificado despues de la revolucion, se halló que Sendai poseia las tierras necesarias para sembrar 2,000000 de *koku*. El *koku* tiene un volumen equivalente al de un cubo, cuyo lado es de 0^m 5582 próximamente.

el *fun*, el *rin*, el *mon* y el *shi*, que respectivamente valen la décima, la centésima, la milésima y la diezmilésima parte del *monmé*. Usan además, el *kin*, *kinmé*, ó libra japonesa que tiene 160 *monmé*, y el *riomé* que equivale á 4 *monmé*. La relacion de estas medidas con las europeas es fácil de obtener sabiendo que 8 *monmé* pesan una onza holandesa; y así se halla que, por ejemplo, el *kin* vale 20 onzas y *kuanmé* 125.

En cuanto á las monedas japonesas, están hoy arregladas al sistema decimal, teniendo por unidad principal el *yen* que se considera equivalente á nuestro peso plata. Dividen el *yen* en 100 *sen* ó centavos, y cada uno de éstos en 10 *rin* ó milésimos del *yen*. Las monedas de oro consisten en piezas de uno, cinco, diez y veinte *yen* ó pesos. Las de plata, además del *yen*, son piezas de cinco, diez, veinte y cincuenta *sen* ó centavos. Los de cobre son el *sen*, el medio *sen* y el *rin*. Circula también mucho el papel moneda, que corre á la par con el metálico y que está tan subdividido que hay billetes hasta de dos reales y un real de nuestra moneda. (*)

La moneda de oro, así como el *yen* de plata, tienen una ley de 0.9 (nueve partes del metal precioso y una de liga); las demás piezas de plata, desde 5 hasta 50 centavos, tienen solo 0.8 por ley. Esto explica, sin duda, la preferencia que se dá á nuestro peso sobre el *yen* y sobre el *dollar* que comenzaron á acuñar los ingleses en Hong-Kong; porque aun cuando las tres monedas pesan exactamente lo mismo, la nuestra les lleva la ventaja en ley. En cuanto a predilección por alguno de nuestros cu-

(*) Antiguamente dividían los japoneses el *yen*, como nuestro peso, en cuatro *bu* ó pesetas, y en ocho medios *bu* ó reales. Respecto del papel moneda que había en circulación en 1867, parece que ascendía el valor de cincuenta y cinco y medio millones de pesos, de los que 48 millones fueron emitidos por el Dai-yo-ken ó Consejo de Estado, para hacer frente á los gastos originados por la revolución. Este papel debe acabar de amortizarse en 1879; y hasta 1875 se habían amortizado ya, quemados los billetes después de cubrir su valor, cosa de diez millones.

En cuanto á la moneda menuda, nadie está obligado á recibir cobre por valor de más de un peso, ni pequeñas monedas de plata en más cantidad que veinte pesos.

ños, no noté ninguna ni en el Japon ni en la China, pues son igualmente aceptados los de la *balanza* y los del antiguo cuño, que se ha vuelto á adoptar recientemente. El *dollar* de Hong-Kong no se acuña ya, porque parece que no tuvo buena aceptación.

Todas las noticias precedentes, pueden ser importantísimas para el comercio, dado el caso de que algun día se establezcan relaciones mercantiles entre México y el Japon. Como yo las creo tan benéficas para ambos países, tuve especial empeño en procurarme los anteriores datos con el fin de darlos á conocer en mi patria.

No solamente las reformas que hemos indicado, sino otras muchísimas que pudiéramos señalar si no temiéramos extendernos demasiado, prueba que el Gobierno y el pueblo japones han entrado con entera decision en la senda del moderno progreso. Admirablemente preparada la nacion, por una paz moralizadora que duró tres siglos, para recibir la civilizacion de Occidente, se la asimila de buena fé, y de todas maneras trata de ponerse á la altura de los pueblos que se la trajeron. Si algunos espíritus fanáticos, obedeciendo la voz de un patriotismo ardiente pero extraviado, fueron al principio hostiles á las relaciones internacionales, la gran mayoría del pueblo ha secundado las nobles miras de su ilustrado Emperador actual; y hoy puede decirse que el partido reaccionario casi ha dejado de existir, á lo que tambien puede haber contribuido la experiencia de las ventajas que ha comenzado á hallar el país en su nuevo género de vida.

Bajo la influencia del contacto con los extranjeros, se van modificando tambien muchas de las antiguas costumbres populares que parecieron tan repugnantes á los primeros europeos que penetraron al Japon. El Gobierno por otra parte, procura obtener el mismo resultado expidiendo leyes conducentes á ese fin; y aunque nunca hemos creído que los arraigados hábitos de un

pueblo cambien derrepente, por el simple hecho de que se den leyes destinadas á modificarlos, sí creemos que irán variando poco a poco en virtud de aquella doble influencia, sobre todo, en un país en el que la ley no queda escrita, sino que se hace observar al pié de la letra.

Los baños públicos que existian pocos años ha, y donde las personas de ambos sexos se bañaban en comun, han sido prohibidos, y por tanto no se ven ya, al menos en las poblaciones mas frecuentadas por los extranjeros. Lo mismo ha sucedido con la costumbre que tenian hombres y mujeres, de bañarse desnudos en una gran cuba colocada frente á sus casas; con la que tenian los hombres del pueblo de andar en las calles con las piernas, las espaldas y el pecho desnudos; y con la que habia de poner á las jóvenes desde catorce ó quince años en las casas de prostitucion, hasta que encontraban allí un marido. Hoy nadie puede obligar á una jóven, como sucedia antes, á que permanezca presa, y por decirlo así, vendida muchas veces por su misma familia, en esos centros de corrupcion. Si estos existen en aquel país, lo mismo que en todos los demas, las infelices que los habitan lo hacen al menos voluntariamente, están vigiladas por la autoridad, sujetas á determinados reglamentos y las casas públicas tienen señalado un barrio especial en cada ciudad.

Las faltas contra la decencia eran las que mas reprochaban á los japoneses los primeros viajeros europeos. «En este país,» me decia una señora europea residente en Yokohama, «las flores no tienen olor, las frutas no tienen sabor, y las mujeres no tienen pudor.» Pero aseveraciones semejantes son tan exageradas que nada significan; se formulan casi siempre bajo el influjo de una intolerante preocupacion contra los usos á que no se está acostumbrado; y por lo menos indican que, sin fundamento alguno, se pretende medir con un mismo módulo, los habitos de pueblos enteramente diversos en

educacion, creencias y género de civilizacion. Un viajero distinguido por su instruccion y su posicion social, ¿ no ha dicho una cosa semejante refiriéndose á México, solo por la impresion dolorosa que le causó la vista de algunos compatriotas suyos, prisioneros de nuestros soldados? (*)

Carezco por completo de datos para emitir mi opinion en este particular, como es de suponerse; porque ni mi corta permanencia en el Japon, ni el género de mis ocupaciones, ni la dificultad que en todos los países Orientales se encuentran para ser admitido en el seno de las familias, pudieron permitirme el estudio de la vida íntima del hogar, única manera de aventurar un juicio fundado respecto del grado en que posean las japonesas aquella inestimable cualidad de la mujer. Creo, sin embargo, que el pudor es tan natural en ella, constituye una virtud tan inseparable de su modo de ser, que casi no puede concebirse que desaparezca del todo mas que en casos excepcionales, y solo por la accion prolongada de ejemplos tan malos, que provoquen una precoz y abyecta prostitucion. Cierto es que en el Oriente la poligamia coloca a la mujer en condiciones muy inferiores á las que en Occidente le ha creado la civilizacion cristiana, y que bajo diversos puntos de vista, no hay comparacion posible entre las mujeres de ambos países; pero tambien es verdad que aquellas diferentes condiciones influyen sobre otro género de dotes mas bien que sobre el pudor, como son la dignidad, la elevacion de ideas, la inteligencia, que evidentemente en nuestras sociedades se cultivan mas que en la reclusion á que condenan á la mujer las instituciones poligamistas.

(*) El conde de Beauvoir, en su obra que lleva por título: *Pekin, Yedo, San Francisco*. Mi hermano, que es hallaba en Paris cuando se publicó allí este libro, rechazó enérgica y dignamente los tan apasionados como irracionales cargos que á nuestro país hacia Mr. de Beauvoir, y que mas que otra cosa, son una mancha en su bella produccion. Véase el periódico «El Americano» publicado en Paris, número correspondiente al 18 de Junio de 1872.

Si visitando las *chá-ya* ó casa de té, se ve algunas veces que las jóvenes que allí sirven esa bebida, tienen libros con grabados del género mas escandaloso, es porque generalmente esas jóvenes son *dgioró* (prostitutas) que, de una manera oculta y burlando la vigilancia de la policía, ejercen su abyecto oficio; y con frecuencia, tan pronto como son descubiertas, se les obliga á residir en las *dgioró-ya*, que solo existen en determinadas calles. Además, ¿en qué país del mundo no se ven cosas semejantes, y a quién se le puede ocurrir el juzgar á toda una sociedad por los excesos que se observen en ciertas individualidades degradadas?

Pero no solamente está esa clase de mujeres obligadas á permanecer en una localidad especial, sino que cuando se presentan en público lo hacen reunidas, de manera que, aun en los paseos á que concurren, llevan consigo el triste sello de su posición y van vigiladas por otra mujer de edad que las tiene á su cargo. En las carreras de caballos que tuvieron lugar durante las fiestas públicas de otoño, en el primer día del año en que se acostumbra á visitar los templos, y en otras dos ó tres festividades populares, ví estos singulares grupos de *dgioró*, que se distinguían de la multitud por la variedad y complicación de sus tocados y por los vistosos colores de sus trajes de seda. En las *dgioró-ya*, sus residencias habituales, permanecen sentadas detras de las rejas de una gran ventana que mira á la calle, tal como las representa el grabado de la página 194.

En una palabra, sin que pretenda yo constituirme en defensor de la moralidad femenina de una sociedad que no pude conocer á fondo, es sin embargo, mi deber manifestar aquí que, en este punto, nada ví en las ciudades del Japón que no se ve igualmente en todas las grandes ciudades del mundo, siendo a caso en muchas de estas menos reprimidos los excesos por la policía. Todo cargo general es injusto. Allí, como en todas partes, hay

gentes malas; pero tambien hay muchas buenas. Tambien en aquel país, al lado de la bella aunque inodora camelia, florece el heliotropo de delicado aroma; y allí tambien, junto al insípido *kaki* (especie de zapote) crece el naranjo de sabrosos frutos.

La mayor parte de las mujeres japonesas dedicadas al comercio, las sirvientas y demas clases que por sus ocupaciones están mas en contacto con los extranjeros, son notables por su afabilidad, por su humildad y por una especie de sencillez casi infantil que tal vez indica poco cultivo intelectual. Muchas veces en las tiendas y almacenes de Yokohama, se acercaban esas jóvenes á examinar mis vestidos ó mis guantes, á tocar mi cadana, mi reloj y aun mis barbas. Bien es verdad que nunca habian visto, decian, á un habitante del país que les enviaba los *mexican dollars*, que tanto aprecian.

De las costumbres populares japonesas, tal vez la que mas me repugnó, es la que tienen las mujeres casadas de teñirse de negro los dientes y de raparse las cejas. Las jóvenes tambien suelen pintarse la cara, y á veces con exageracion; pero nada me parecia tan repulsivo en una cara bonita y en una boca fresca y sonrosada, como el color intensamente negro y brillante del barniz con que se cubren los dientes, y que, segun dicen, persiste por mucho tiempo antes que sea necesario volverlo á aplicar. Si el celo de los maridos es el que ha inventado semejante práctica, no pudo evidentemente tener mas acierto en la eleccion de sus medios de defensa material para poner á cubierto á sus esposas contra las asechanzas del mundo; pero lo admirable será que los maridos mismos no sean los primeros en experimentar el efecto repulsivo que producen esas caras sin cejas y esas bocas con azabache en vez de perlas. A caso estas costumbres no sean en el fondo mas estrambóticas que la que tienen nuestras damas de agujerarse las orejas, ó que la moda adoptada en otra época de ponerse polvos blancos en los cabellos;

pero el hecho es, que á mi me ocasionaron una impresion tan desagradable, que jamas pude habituarme á verlas con indiferencia. Algunas japonesas han comenzado ya á emanciparse de tan fea moda, aunque todavía no ha sido objeto de prohibicion especial desde la inauguracion de la reforma, como ha sucedido con la costumbre que tenian los hombres del pueblo de pintarse el cuerpo con picaduras indelebles (*tatouage*,) prohibida hoy por las nuevas leyes.

En las clases inferiores de la sociedad, especialmente entre las mujeres, existen todavía creencias y prácticas supersticiosas, que tambien es presumible que vayan desapareciendo gradualmente con el contacto de los extranjeros. Dícese que todavía hay charlatanes que curan por medio de la imposicion de las manos sobre las partes y los miembros enfermos, y tambien brujos ó agoreros que venden filtros y predicen el porvenir. Es frecuente ver en las puertas de las casas de té y otras habitaciones de gentes pobres, pequeños montones de sal muy blanca, que tienen por objeto impedir la entrada a los malos espíritus y, por el contrario, atraer a los espíritus propicios y benéficos.

Muchas veces se encuentran por las calles, sobre todo de noche, á hombres ancianos y ciegos, que con una linterna en la mano para evitar que los atropellen, se anuncian y ofrecen sus servicios por medio de un pito de sonido plañidero ó por medio del grito no menos triste de *an-má*, ó amasador. Estos hombres curan la fatiga muscular aplicando presiones y fricciones sobre el miembro dolorido, y otros dolores locales haciendo punciones con agujas metálicas. Esta práctica, sin embargo, no puede decirse que sea supersticiosa, aunque á los ojos del vulgo pueda tener algo de sobrenatural.

Pero lo que más llama la atención en el pueblo japonés, es la moderación de sus hábitos y su tendencia espontánea á la subordinación y al orden. En las fiestas

populares que se verificaron cuando el Emperador tuvo su primera hija de una de sus concubinas, en las que se hicieron cuando regresó de la China el embajador Okubo despues de obtener del imperio Celeste las indemnizaciones que le reclamaba el Japon por el asunto de Formosa, y en muchas otras ocasiones, tuve oportunidad de ver en Yokohama y Kanagawa, quiere decir, en una ciudad de 60 ó 70 mil habitantes, que el pueblo se



«Bonzos» ó sacerdotes de Budha.

divertía con las iluminaciones, con los fuegos artificiales, con las grotescas pantomimas de hombres disfrazados de animales, con las representaciones teatrales, etc., sin que hubiera ni riñas, ni borrachera, ni otra clase de desórdenes. Ni entónces, ni en ninguna otra ocasion, ví por las calles personas en estado de embriaguez, pues los japoneses raras veces abusan de los licores espirituosos, ó mejor dicho, casi el único que beben es el *sake*, especie de aguardiente preparado por medio del arroz, y eso solo por excepcion y en ciertos días del año. Habrá indudablemente personas entregadas al vicio de la embriaguez, pero será acaso en sus casas, porque en las calles no se ve tan repugnante espectáculo.

Los agentes de policía no usan allí armas, consistiendo su distintivo en el uniforme y en un baston pequeño y una cuerda, que les sirve para atar y conducir preso al autor de alguna contravencion á los reglamentos. Este hecho es quizá la mejor prueba que pueda darse del respeto que tiene el pueblo á los agentes de la autoridad, y de la poca necesidad que éstos tienen de hacer uso de la fuerza. (*)

Tambien el hecho de que las casas japonesas estén construidas de papel y débiles maderas, es muy elocuente en favor de la poca frecuencia de los robos. En nuestra habitacion de Nogue-no-yama, que por su aislamiento en un lugar poco poblado y por nuestra calidad de extranjeros, podia haber tentado la codicia de los malhechores, jamás resentimos la pérdida del objeto mas insignificante, á pesar de que dejábamos allí instrumentos, libros, ropas y dinero. Muchas veces solo, desarma-

(*) Pueden tambien contribuir mucho á este órden las circunstancias de que los agentes de policía son muy numerosos, y de que este cuerpo está formado de personas que gozan de cierto prestigio por sus antecedentes y por su educacion. Hoy hay en él muchos *samurai*, que eran los súbditos inmediatos de los *dáimos* ó nobles y que constituian la clase militar, portadores de dos sables, y una especie de nobleza secundaria. Entre los *samurai* ha habido en todas épocas hombres de notable mérito, y muchos de ellos han figurado en la última revolucion.

do y guiado únicamente por el conductor desconocido de un dgin-rik-shá, recorrí de noche la ciudad hasta los barrios mas apartados, especialmente durante las fiestas populares con el fin de observar las costumbres, y jamas fuí víctima del menor atentado ni del mas ligero insulto. ¿Puede hacerse impunemente lo mismo en muchas ciudades del mundo?

El Gobierno reprime, es cierto, con la mayor severidad el robo y otros vicios, aún ahora que las leyes se han suavizado tanto. Antes de la revolucion los castigos eran terribles, aplicándose por lo general la pena de muerte hasta por robos de cantidades poco considerables. Los ladrones rateros, ademas de la prision por un tiempo proporcionado al delito, eran marcados en la mano de una manera indeleble por medio de picaduras. Hoy la pena capital se prodiga menos; pero si un ladron, aunque sea ratero, reincide en el crimen despues de haber cumplido su condena, tiene que sufrir otra pena mayor, y si cae por la tercera vez se le corta la cabeza.

Tambien el juego es castigado con penas muy fuertes, y por lo general, mayores que las que se aplican á los ladrones rateros; porque las leyes japonesas establecen, y acaso con razon, que ese vicio engendra otros muchos, y que es una especie de manantial ó escuela en que se forman los ladrones. Se me aseguró que entre las clases ilustradas de la sociedad, el vicio del juego es casi desconocido, y mirado con mucha aversion y desprecio, como uno de los mas deshonorosos.

Pero sea por la severidad de los castigos, sea por los hábitos de subordinacion y de respeto á las leyes que una dilatada paz ha inculcado en el pueblo, sea por una tendencia natural de su buena índole, el hecho es que aun espontáneamente se manifiesta en él un espíritu de orden muy notable. Siempre veia yo con agrado en las estaciones del ferrocarril, que en vez de aglomerarse los viajeros en el despacho de los billetes ó en las puertas de

los trenes, se iban colocando por el orden de su llegada, sin que nadie pretendiese apoderarse del lugar del que habia llegado primero.

Entre otros muchos rasgos análogos que podria yo citar en apoyo de ese afecto al orden y á las recíprocas consideraciones, solo haré mencion del siguiente: Bajaba yo una tarde, como de costumbre, la colina de Nogue para tomar al pié de la cuesta un dgin-rik-shá, pues el hotel á donde iba á comer estaba lejos. Los conductores de estos carruajes ya me conocian, porque me veian diariamente y les pagaba bien; de manera que al acercarme al sitio en que estaban, corrian á mi encuentro y yo ocupaba el coche que llegaba primero; pero esa tarde llegaron al mismo tiempo cuatro ó cinco dgin-rik-shá, y ya me habia instalado al caso en uno de ellos, cuando noté que los conductores, con muchas sonrisas y reverencias, me pedian que esperase un momento. En seguida, uno de aquellos hombres, tomó en la mano los extremos de varias cuerdas, é hizo que cada uno de los demas cogiese uno de los otros extremos. Despues abrió la mano, y el que habia tomado la cuerda marcada con un nudo, ó no sé que otra señal, fué el que me presentó su carruaje. Me habian rifado, recurriendo á la suerte para que decidiera quien de ellos habia adquirido el derecho de conducirme, pues por la llegada á mi encuentro, todos tenian el mismo.

La costumbre japonesa que probablemente excita en mas alto grado la admiracion de los extranjeros, es la del suicidio llamado *hara-kiri* y que consiste en abrirse el vientre ó destriparse. (*) Este género de suicidio es á veces impuesto por la ley, ó al menos concedido como gracia á las personas de rango ó de valer condenadas á muerte, pues se considera deshonoroso que sea el verdugo quien les corte la cabeza. Sin embargo, en tales casos

(*) *Hara* quiere decir vientre, y *kiri* cortar; por consiguiente *hara-kiri* significa destripamiento.

siempre se tiene listo un ejecutor para que, si es necesario, abrevie los sufrimientos del condenado, porque suele la muerte no ser instantánea, y para salvarse de la deshonrada, basta haberse herido con valor.

En otras ocasiones el *hara-kiri* es enteramente voluntario, y un modo de evitar el deshonor que recaería sobre un individuo por alguna falta en el cumplimiento de sus deberes, por haber desmerecido la confianza de sus superiores, por haberles dado un consejo grave y no aceptado, por producirles este consejo malos resultados ó por cualquiera otra culpa semejante, aunque sea de aquellas que las leyes no castigan.

La historia del Japon está llena de estos rasgos de varonil y enérgica fiereza, y casi siempre tienen por móvil la dignidad herida, la creencia de haber causado un mal á la patria ó á sus gobernantes, alguna lucha secreta y terrible entre las convicciones íntimas y los deberes que impone la obediencia, un conflicto en fin, entre la voluntad y la subordinacion.

En casos de esta naturaleza el *hara-kiri* es público y solemne. La persona que se cree en el deber de dar fin á su existencia de esa manera, fija de antemano el día en que ha de tener lugar el sacrificio, y convoca á sus parientes, á sus amigos, á sus subordinados para que lo presencien. Llegado el momento supremo, se presenta ante la reunion vestido de blanco, que es el color adoptado para amortajar á los cadáveres, y ceñido el vientre con una poesía, la causa determinante de su resolucion; en seguida se sienta, y con un *tantó*, puñal muy afilado y agudo, se hiere el lado izquierdo del vientre, llevado despues el cuchillo con un movimiento rápido hácia la derecha para abrírselo completamente.

No debemos aplaudir estos actos sangrientos en que una indomable energía se sobrepone á los instintos mas naturales del hombre: nos lo prohiben los principios de moralidad admitidos por la civilizacion de

Occidente; pero confesamos que nuestra pluma se resiste á condenarlos con una severidad absoluta. Si reprobamos el hecho final, tambien admitamos tanto como respetamos los móviles que lo determinan, cuando reconocen por origen el honor y la dignidad. Nos limitamos, pues, á nuestro papel de narradores, dejando que cada cual, conforme á sus propios sentimientos, juzgue aquella costumbre y al pueblo que la sigue.

Ya que por incidente hice mencion de la poesía, indicaré que en las estrofas japonesas, segun lo que he podido comprender, se hace siempre uso de 31 letras, equivalente á otras tantas sílabas conforme á nuestro idioma; pero hay casos en que la eufonía se emplean 32. En esto, y en el uso de palabras de cinco y siete sílabas, consiste la cadencia ó el ritmo de la versificacion. Dentro de aquel número de caracteres se encierra el pensamiento mas ó menos elevado que forma el objeto de la composicion poética. Citemos los versos siguientes de dos suicidas por hara-kiri.

El primero es de Ito-Gompe, samurai perteneciente á las tropas del Príncipe de Matsudaira-Tamba. Durante la excitacion popular contra los extranjeros en 1862, el Taikun encargó á este magnate la custodia de la legacion inglesa con un cuerpo de 500 hombres, pues eran muy pocos los soldados ingleses que la guardaban; pero Ito-Gompe, acérrimo enemigo de los «bárbaros,» y que ademas, parece que habia recibido de ellos alguna injuria personal, no pudo ver con indiferencia que las fuerzas de su Príncipe le sirvieran de guardia. Provisto de la contraseña, penetró una noche á la legacion, y en unos cuantos segundos, con la rapidez y destreza características de los samurai para manejar el sable, hizo pedazos á los ingleses, que fueron el centinela y el cabo que acudió en auxilio de este. Despues, aunque herido, se escapó á favor de la oscuridad y de la confusion que habia producido su brusco ataque; y llegado que hubo á

su casa, se abrió el vientre después de escribir la siguiente estrofa en que alude á la antigua tradición popular de que los vientos del cielo habían de arrojar del país á los extranjeros:

«Kami-kase-wo nanikawa-matan saga-nikuki ye-mi-shiva-tachi-ni kiri-haraitsumu;» cuya traducción es: «¿Cómo podría esperar con paciencia á que los vientos divinos sean los que arrojen de mi país á los bárbaros? Ya yo comencé á arrojarlos con el filo de mi espada.»

La otra poesía es de una joven y bella cortesana de Yokohama, llamada Ki-yé. Un americano se enamoró de ella, y no siendo correspondido á causa del odio que la joven tenía á los extranjeros, ganó por medio del oro á la persona á cuyo cargo estaba Ki-yé. Esa persona, jefe de la *dgioró-ya* en que residía la cortesana, y á quien en consecuencia tenía ésta que obedecer, quiso imponer á la joven su voluntad. Ki-yé resistió algún tiempo; pero al fin tuvo que sucumbir á aquella continua presión. Finjiendo entonces que cedía, se suicidó el mismo día en que iba á ser entregada á su amante, abriéndose las venas yugulares, pues las mujeres se hieren en el cuello en vez de hacerlo en el vientre. El verso que compuso antes de su muerte dice así:

«Tsuyu-wo-dani itoó-Yamato-no ominaishi- furu-América-ni-sodewa-nurá-sayi.»

El significado de esta estrofa es: «Yo, que soy una flor del Japon, que no permite ni que el rocío la humedezca, ¿cómo permitir que una lluvia abominable moje la orla de mi vestido? No, no lo quiero.»

No es fácil formarse idea cabal de este verso, sin saber que *onmáishi* significa *cortesana*, siendo á la vez el nombre de una flor, y que *ame* quiere decir *lluvia*. Así, pues, Ki-yé tomó en su significado japonés una parte de la palabra América, aludiendo á la patria de su amante.

En ambos trozos he procurado imitar con nuestras letras la pronunciacion de las palabras japonesas, segun las reglas establecidas en las notas de las páginas 151 y 166, añadiendo ahora que la *h* es siempre aspirada en principio de diction ó bien entre las vocales, aunque con un sonido menos fuerte que el de la *j* española.

Seguirémos las mismas reglas para escribir los nombres japoneses que figuren en los capítulos siguientes, destinados á trazar algunos apuntes históricos del Japon. En ellos hemos tomado por guía, aunque solo para los hechos mas notables y sus respectivas fechas, la *History of Japan* de Mr. Francis Ottiwell Adams, cuyo último tomo se público á mediados de 1875. Como Mr. Adams fué secretario de la legacion inglesa en Tókió, ha podido consultar muchos documentos preciosos de la historia antigua, y ha presenciado muchos sucesos de la moderna, de suerte que su obra es probablemente la mejor y mas completa que hasta hoy existe sobre el pasado y el presente de aquel Imperio. A pesar de la dificultad de hacer el extracto de una obra externa en unas cuantas páginas, no hemos vacilado en procurarlo, esperando que será visto con agrado, y sobre todo, con indulgencia, por los lectores de nuestro libro.

